

El poeta es un ser que, en su calidad de escritor, sufre de una serie de fenómenos inexplicables que le acarrean gozos extáticos en la sublimación, pero también aterradoras congojas en las frustraciones; fenómenos que lo transportan, en el péndulo de la ambivalencia, de estados de pasividad abúlica a otros de actividad frenética; de estados de agresividad delirante a otros de autoagresión y penitencia. El poeta es una mezcla de santo y héroe que sufre tanto, debido a las luchas que se suscitan en su conciencia, que hay veces que quisiera huir de ese tormento gozoso en el que vive y que evidentemente lo sujet a y encadena.

Veamos este poema de Bécquer:

Cansado del combate
en que luchando vivo,
algunas veces recuerdo con envidia
aquel rincón oscuro y escondido.
De aquella muda y pálida
mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

El hombre extraordinario sufre lo que no sufre el ordinario, y se pregunta siempre el porqué sufre. Veamos lo que dice Bakunin:

“... la ciencia social misma, la ciencia del porvenir, forzosamente continuará ignorando a los individuos. Todo lo que tenemos el derecho a exigir de ella es que nos indique, con mano firme y fiel, las causas generales de los sufrimientos individuales; entre esas causas no olvidará, sin duda, la inmolación y la subordinación, demasiado habituales todavía, de los individuos vivientes hacia las generalidades abstractas.”

Adentrémonos en las tristezas de los poetas. Veamos **La soledad poblada** de Ildefonso Manuel Gil:

Todas las sombras de la noche nacen
en mis ojos abiertos al silencio,
como un viejo castillo visitado
por antiguas historias revividas
en un horror sombrío de fantasmas.

Y este poema de Gregorio Martínez Sierra:

¡Tristeza mía, luminosa y cálida;
tristeza mía, bajo el sol de mayo,
hagamos versos, puesto que has venido
a la dulzura del llorar callando!

Mis enlutadas, de Manuel Gutiérrez Nájera:

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

En lo profundo de mi ser bucean
pescadoras de lágrimas,

y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.

Perlas, de Luis G. Urbina:

Como al fondo del mar baja
el buzo en busca de perlas,
la inspiración baja a veces
al fondo de mis tristezas
para recoger estrofas
empapadas en mis penas.

A veces una hoja desprendida, de Enrique González Martínez:

En el abismo del dolor penetra
mi espíritu, bucea, va hasta el fondo,
y es como un libro misterioso y hondo
en que puedo leer letra por letra.

Observemos las tristezas de Olga Arias:

Es de noche en mi ánimo,
duras, tenaces sombras, compactas negruras,
tóxicas e ineludibles,
hacen que me duela la vida.

Por la avenida, al volver
llueven ángeles de hielo.
Un frío mortal,
un frío de plata combate a mi corazón
y me pregunta, si ese frío,
no será un foso
próximo a aparecer.
Mi alma cae
y a todo moja una espuma negra.
La tristeza es mía
y tuyo es mi destino.

Bajo la sombra más negra y amarga
y en medio de las notas tristes,
con que el aire sonámbulo pronuncia pesarosas
[letanías,

y una inmensa bahía de tinieblas,
y más tinieblas en inacabable mar,
donde los arbotantes pintan islas,
y una desolación sombría
y ausencia y silencio y soledad
por las banquetas...

No en lágrimas de bisutería
que el análisis delata,
sino, definitivamente,
mi ser al dolor representa.



... que en la cuna de su madre
se sentía a salvo, a su vez, de su madre.

... que en la cuna de su madre
se sentía a salvo, a su vez, de su madre.



... que en la cuna de su madre
se sentía a salvo, a su vez, de su madre.



Los estados depresivos del poeta son del tipo melancólico cuando existe el gozo inconsciente en el abandono, o son del tipo "morriñoso" cuando existe un gozo inconsciente en la idea de morir, siendo estos estados los responsables de las canciones dolientes (véase **Tango y Psicoanálisis**) o de los poemas que acabamos de observar. Estos estados depresivos son el resultado de un proceso mental cuya raíz se forma de una adaptación inconsciente. Veamos qué nos dice Olga en su regresión:

Hay cosas que suceden
sin que sepas por qué pasan,
esto pudo haber principiado en la cuna,
o en los brazos de mi nana.
Hay veces que en algún lado
algo o alguien se empozoña,
se convierte en el gran canalla
y entonces lo absurdo salta.

Recordemos **A mi madre**, de Gutiérrez Nájera:

Muchas veces cuando alguna
pena oculta me devora sin piedad,
yo me acuerdo de la cuna
que meciste en la aurora de mi edad.

Veamos este poema de Gustavo Adolfo:

¿De dónde vengo? ... El más horrible y áspero
de los senderos busca:
las huellas de unos pies ensangrentados
sobre la roca dura;
los despojos de un alma hecha jirones
en las zarzas agudas,
te dirán el camino
que conduce a mi cuna.

Y este otro de Barba-Jacob:

Decíame cantando mi niñera
que a mi madrina la embrujó la luna;
y una Dama de ardiente cabellera
veló mi sueño en torno de mi cuna.

Nos dice Bécquer:

"La poesía es el sentimiento; pero el sentimiento no es más que un efecto, y todos los efectos proceden de una causa más o menos conocida. ¿Cuál será? ¿Cuál podrá serlo de este divino arranque de entusiasmo, de esta vaga y melancólica aspiración del alma, que se traduce al lenguaje de los hombres por medio de sus más suaves armonías, sino el amor?"

¿Qué ocurrió en la cuna de Olga? Sus poemas nos van a revelar su básica adaptación masoquista, que no es otra que una adaptación de base oral derivada de su temor de morir de hambre. El pezón que mata de hambre o que envenena es un pezón criminal. Este pezón maligno lo han simbolizado en sus estados depresivos e

insomnes los más altos poetas de la humanidad. El temor de ser muerto por el pezón, mediante el fenómeno de la adaptación, se convierte en el gozo inconsciente de ser muerto por el pezón. Observemos los simbolismos poéticos que denuncian esta adaptación inconsciente infantil.

Veamos el poema *Imitación de Petrarca*, de Fray Luis de León:

Entré, que no debiera;
hallé por paraíso cárcel fiera.
Cercada de frescura,
más clara que el cristal hallé una fuente
en un lugar secreto y deleitoso;
de entre una peña dura
nacía, y murmurando dulcemente
con su correr hacia el campo hermoso.
Yo, todo deseoso,
lancéme por beber, ¡ay triste y ciego!
Bebí por agua fresca, ardiente fuego;
y por mayor dolor el cristalino
curso mudó el camino,
que es causa que muriendo
agora viva en sed, y pena ardiendo.
De blanco y colorado
una paloma, y de oro matizada,
la más bella y más blanca que se vido,
me vino mansa al lado,
cual una de las dos por quien guiada
la rueda es de quien reina en Pafos y Gnído.
¡Ay! Yo, de amor vencido,
en el seno la puse, y al instante
el pico en mí lanzó cruel, tajante,
y me robó del pecho el alma y vida;
y luego, convertida
en águila, alzó el vuelo;
quedé merced pidiendo yo en el suelo.

Manuel José Othón en *Nostálgica*:

...quiero sentir sobre mi pecho
de tus fieras los dientes y las garras,
madre-naturaleza de los campos
de cielo azul y espléndidas montañas.

Veamos lo que al respecto nos dice Miguel Hernández:

Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y un brillo
alrededor de mi vida.

Con el golpe amarillo, de un letargo
dulce a una ansiosa calentura
mi sangre, que sintió la mordedura
de una punta de seno duro y largo.

Vine con un dolor de cuchillada,
me esperaba un cuchillo a mi venida,
me dieron a mamar leche de tuera,
zumo de espada loca y homicida.

...
En su alcoba poblada de vacío
donde sólo concurren las visitas,
el picotazo y el color de un cuervo,
un manojo de cartas y pasiones escritas,
un puñado de sangre y una muerte conservo.

Veamos la intuición de Ildefonso Manuel Gil:

Trepan las hiedras
del desaliento, y el lagarto inmenso
del desamor resbala en las paredes
donde estatuas yacentes y lápidas borrosas
vestigian lo que fue.

Gregorio Martínez Sierra logra también entrever su adaptación básica:

Tu flor, que huele a adelfa y es amarga
más que la mirra para el alma, y hiere
con tan dulce puñal, que el alma, al goce
de recibir la herida, desfallece.

Qué nos dice Vicente Aleixandre en *¿Para quién escribo?*:

Pero escribo también para el asesino. Para el que
con los ojos cerrados se arrojó sobre un pecho y
comió muerte y se alimentó, y se levantó enlo-
quecido.

¿Qué regresión nos transmite Barba-Jacob en estos versos?:

Clavé en mí tus puñales homicidas,
desgárrame, ya es hora...

Clava en mi carne el acerado garfio
de un extraño tormento.

¿Qué dolores le aquejan al bardo duranguense Castillo Nájera?:

En que mi alma se siente abrumada
Y la muerte me llama a su seno;
En que siento glacial calosfrío
Que me hiela y sacude los huesos,
¡Y una fiebre me abrasa implacable
Y furiosa me crispa los nervios!
Yo he sentido toda esa amalgama,
En mis pávidas noches de enfermo,
En las horas de intensa neurosis,
Cuando un buitre desgarra mi pecho,

¡Y parece beberse mi sangre,
Y en pedazos romper mi cerebro!

El argentino Guillermo Ibáñez (contemporáneo) sufre de las mismas adaptaciones tanáticas:

Entre los buitres de los sueños
Entre los buitres angelicales monstruosamente
acicalados, surge el fuego, hecho por el tedio de
los volcanes interiores
Por eso en la noche de todos los silencios y de la
gruta estrellada, los papeles y los ojos se mezclan
en habladurías

¿Y Neruda en *La canción desesperada*?:

Cementerio de besos, aún hay fuego en tus
[tumbas],
aún los racimos arden picoteados de pájaros.

Olga Arias también sufre la adaptación inconsciente al temor de ser muerta por un pezón maligno:

y delirar en el abrazo del anhelo,
hasta que una capa de ceniza
me convence de que estoy sola,
desmoronándome sola
en mi sed de cal amarga.

*

Sino fluyó una oscuridad más espesa todavía,
una oscuridad más amarga,
más seca, más agria,
una oscuridad cruel y helada,
sobre la que me lancé, armada
con el puñal de un grito.

*

La noche es de muñones.
Las estrellas incuban puñales en mi pecho
y el dolor de la honda negrura
maná de mi angustia.

*

Se abre tu ausencia como el corazón del silencio
y al modo de la sombra que sustituye a la lámpara,
me espía el Manto del cuervo
y su puñal de verdugo.

*

Pasan inculpadores y tristes,
diciendo del desamparo
con su aspecto de trapos viejos y sucios,
con sus ojos turbios de pájaros hambrientos.

*

Y me dejan atónita,
despiadadamente carcomida,
por un epílogo de sombras
semejantes al pico de un carníero sacrílego.

*

... ¿Cómo no dolerme,
pájaro herido de lo único temible,
si por tu ausencia,
hasta el aroma de una flor
es de puñales enemigos
y una lápida es el universo?

Nuestra poetisa goza inconscientemente con la idea de morir, pues no hace otra cosa que aceptar su adaptación masoquista, o bien, sufre extraordinariamente con la muerte, al defenderse contra el reproche del Superyó:

En el oráculo del alma
la interrogación mayúscula llamea,
arde como el fuego que no consume
y mucho angustia
al sujetar al ser al filo de la muerte.

*

Palidece el hambre
del hueco que miden mis brazos,
porque toda luz se fue al suicidio
en la tumba de una negativa.

*

... y yo tengo que esperar,
esperar, esperar,
con la muerte y la vida
en el mismo momento.

*

Un día me di cuenta
de que nadie tiene otra cosa
que un poco de tiempo
entre la vida y la muerte.

*

Puñales de sol, de aire pardo,
socavan mi sangre,
mutilan la flor del espíritu
y el turbio horizonte es el espejo de mis ojos.

*

Algún día emigrarán las palabras de mis labios
y me quedaré unida al silencio.
Seré una voz que se ha ido
y quizá solloce en el eco.

*

Muerte,
es necesitar tu presencia,
sin poder lograrlo
ni decirlo.

*

La propensión al escándalo
es tan fuerte,
que al despertarse la rosa,
al punto,
se habla de suicidio.

*

He soñado una rosa,

más aún, me he sentido la misma flor.
Lo cruel es despertar,
desmoronarme,
irme con el polvo que arrastra el viento.

*

...y la rosa

sacude su color como una fuente
que a nadie sustenta.
Agujeros terribles me devoran
donde el espejismo agita sus ciudades de oro.
Se consuma una pupila
que al soñar, se rompe.
Voy entre la muerte de una mirada
y no hay cáliz, ni fruto.

*

Diariamente
me busco en tus ojos
y el encuentro es feliz.
Sin embargo,
no hay día
en que no tema
haber perdido el ser.

Fray Luis de León nos dice en su poema a **Francisco Salinas**:

¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!

Jorge de Montemayor:

A trueque de verte
la muerte me es vida,
si fueres servida
mejora mi suerte:
que no será muerte
si en viéndote muero.

Luis de Góngora:

La aurora ayer me dio cuna,
la noche ataúd me dio:
sin luz muriera, si no
me la prestara la Luna.

Andrés Fernández de Andrade:

¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,
de aprender a morir, antes que llegue
aquel forzoso término postrero!

San Juan de la Cruz:

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Luis de Sandoval y Zapata:

Para la duración que te contaron,
tuviste el alimento de dos días,
luz presurosa, te apagaste triste.
Los alientos que diste te tasaron,
lo menos fue tu muerte, que ya habías
empezado a morir cuando naciste.

Luis de Belmonte y Bermúdez (1587-1630):

¿Hay vida de tanta suerte
como ésta, en que a la partida
vuelve el rostro el varón fuerte,
y se encuentra con la muerte,
sin que le asuste la vida?

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681):

¿Quién he de ser?
La muerte que has de tener.

Juana Inés de Asbaje:

Mira la muerte, que esquiva
huye porque la deseó;
que aun la muerte, si es buscada,
se quiere subir de precio.

Francisco de Quevedo:

¡Oh, condición mortal! ¡Oh, dura suerte,
que no puedo querer vivir mañana,
sin la pasión de procurar mi muerte!

Manuel M. Flores (1840-1885), confiesa en **Mi padre muerto**:

¡Hay algo de la tumba que yo amo
en su tremenda calma;
hay algo de la muerte entre tu sombra
y tengo triste hasta la muerte el alma;
toda ella, es amargura,
indecible dolor jamás sentido,
noche en la noche misma, más oscura
que el negro manto en la Creación tendido!

Federico García Lorca, proyecta su adaptación tanática en su **Llanto por Ignacio Sánchez Mejías**:

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca,
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.
Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

Miguel Hernández parece haber sido ese otro andaluz.



Observemos este verso de su **Elegía Primera**:

Rodea mi garganta tu agonía
como un hierro de horca
y prueba una bebida funeraria.
Tú sabes, Federico García Lorca,
que soy de los que gozan una muerte diaria.

¿Quién como Alfonsina Storni para demostrar su adaptación inconsciente a la muerte?

Oh, muerte, yo te amo, pero te adoro vida...
Cuando vaya en mi caja para siempre dormida,
haz que por vez postrera
penetre mis pupilas el sol de primavera.

Cuando el Superyó reprocha el gozo inconsciente en la muerte, una de las defensas que se suscitan es el insomnio: "Yo no deseo dormir-morir, al contrario mirad qué vivo y despierto estoy." Conocí en una ocasión a una insomne, que cuando decidió suicidarse, durmió veinte horas seguidas el primer día. **Adentrémonos en los insomnios** de Olga Arias:

Las estrellas han permanecido, toda la noche,
custodiando la tristeza de mis ojos insomnes.
Al amanecer, las ahogué en el silencio de
una lágrima.

El lucero en mi ventana,
el ruiseñor en el árbol,
y, ¿la luna?
¡insomne!
igual que mis ojos vacíos.

Dormir, dormir,
no ser, no estar.
Son mis pupilas un cadáver insomne.

Sufriendo insomnio, camino por corredores
de penumbra. De improviso, una
insospechada puerta, tras la desconocida
puerta: yo dormida.

Porque a mis ojos, porque a mi vida
visitó una estrella,
persistiré en la noche de insomnio
que no alcanza nunca el amanecer.

La muerte está sobre la rosa
y en los ojos de la esperanza.
Tejiéndose en el canto del ruiseñor,
que limita con la luna
y el ensueño grávido del insomnio.

El cielo viudo
se cayó en la fuente

y porque no alcanzó a mirar mi cara,
veo el fondo infinito.
Allí se tronchan espirales de colores
y construyen la arena de un reloj insomne.
Son tus pupilas ese cielo de mariposas nocturnas.
Son tus pupilas las que me niegan
la identidad y el descanso.

Los poetas cuya adaptación a la muerte es más evidente en sus versos, suelen padecer de insomnio, razón por la cual en todas las épocas se observa este fenómeno en la poesía. Consultemos el **Cancionero y Romanero Español**:

Estas noches tan largas
para mí
no solían ser así.

Cristóbal de Castillejo (1492-1550):

No pueden dormir mis ojos
no pueden dormir.

Pero, ¿cómo dormirán

cercados en derredor
de soldados de dolor
que siempre en armas están?
Los combates que les dan
no los pudiendo sufrir,
no pueden dormir.
Alguna vez, cansados
de la angustia y del tormento,
se duermen que no los siento,
que los hallo transportados,
pero los sueños pesados
no les quieren consentir
que puedan dormir.

Mas ya que duermen un poco
están tan desvanecidos,
que ellos quedan aturdidos,
yo poco menos que loco;
y si los muevo y provoco
con cerrar y con abrir
no pueden dormir.

Gutierre de Cetina (1520-1554):

¡Ay, sabrosa ilusión, sueño suave!
¿quién te ha enviado a mí? ¿cómo viniste?
¿por dónde entraste al alma o que le diste
a mi secreto por guardar la llave?
¿Quién pudo a mi dolor fiero, tan grave,
el remedio poner que tú pusiste?
Si el ramo tinto en lete en mí esparciste,
ten la mano al velar que no se acabe.
Bien conozco que duermo y que me engaño,
mientras envuelto en mi bien falso, dudoso,
manifiesto mi mal se muestra cierto;
pero, pues excusar no puedo un daño,
hazme sentir, ¡oh sueño piadoso!
antes durmiendo el bien que el mal despierto. ▶

Pedro Soto de Rojas (1584-1658):

¡Por qué, di, de mis ojos sueño blando
los desvelados párpados no pegas?
¡Por qué a mis miembros tus licores niegas
si por el mundo los estás regando?
De mí, porque te invoco vas volando
y a quien menos te busca más te llegas;
bien claro el arte de tus obras ciegas
con castigo cruel me va mostrando.
Si oscuridad procuras, ¿qué tiniebla
como mis ojos?, si el silencio estrecho,
su imagen son, sin dedo, mis dos labios:
llega que alcanzar te dará mi pecho,
gruta, será mi herida, mi amor niebla,
mi llanto humor, ministros mis agravios.

Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870):

¡Cuántas veces, al pie de las musgosas
paredes que la guardan,
oí la esquila que al mediar la noche
a los maitines llama!
¡Cuántas veces trazó mi triste sombra
la luna plateada,
junto a la del ciprés, que de su huerto
se asoma por las tapias!
Cuando en sombras la iglesia se envolvía,
de su ojiva calada,
¡cuántas veces temblar sobre los vidrios
vi el fulgor de la lámpara!
Aunque el viento en los ángulos oscuros
de la torre silbara,
del coro entre las voces percibía
su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso

por la desierta plaza
se atrevía a cruzar, al divisarme
el paso aceleraba.
Y no faltó una vieja que en el torno
dijese a la mañana,
que de algún sacrístant muerto en pecado
acaso era yo el alma.
A oscuras conocía los rincones
del atrio y la portada;
de mis pies las ortigas que allí crecen
las huellas tal vez guardan.
Los búhos que espantados me seguían
con sus ojos de llamas,
llegaron a mirarme con el tiempo
como a un buen camarada.
A mi lado sin miedo los reptiles
se movían a rastras;
¡Hasta los mudos santos de granito
vi que me saludaban!

Carlos Pellicer (1899):

Estoy partiendo el fruto del insomnio

con la mano acuchillada por el azar.
Y la casa está abierta de tal modo,
que la muerte ya no me encontrará.

Manuel Maples Arce (1899):

Al margen de la almohada,
la noche es un despeñadero;
y el insomnio
se ha quedado escarbando en mi cerebro.

Antonio Machado:

Sonaba el reloj la una,
dentro de mi cuarto. Era
triste la noche. La luna,
reluciente calavera,
ya del cenit declinando,
iba del ciprés del huerto
fríamente iluminando
el alto ramaje yerto.
Por la entreabierta ventana
llegaban a mis oídos
metálicos alaridos
de una música lejana.
Una música tristona,
una mazurca olvidada,
entre inocente y burlona,
mal tañida y mal soplada.
Y yo sentí el estupor
del alma cuando bosteza
el corazón, la cabeza,
y... morirse es lo mejor.

José Gorostiza (1901-1973):

¡Agua, no huyas de la sed, detente!
Detente, oh claro insomnio en la llanura
de este sueño sin párpados, que apura
el idioma febril de la corriente.

En este poema intitulado **Pájaros**, de Vicente Gaos (1919), podemos observar el pezón criminal que crea la adaptación inconsciente a la muerte y por ende el insomnio, con lo que podemos resumir los fenómenos que hemos incluido en este estudio:

Como aves espirituales se abalanzan
mis inquietudes en bandada y vienen
a hostigarme en la noche, en la honda noche.
¿Qué puedo hacer yo, solo e indefenso,
para librarme de sus corvos picos,
de sus buidas garras, de sus ojos
que implacables reflejan lo más negro
de la vida y la muerte? ¿De sus alas
raudas, pero tenaces, pegajosas,
que me azotan el rostro y huyen, vuelven
y huyen de nuevo, helándome la piel?
Dormir, dormir, dormir, cerrar los párpados,

arrebujarme y acogerme al lecho de blanda soledad. Pedir —¡a quién— que el vuelo de esas aves, que su ronda no traspase los límites del sueño, no me persiga más allá, no cruce de par en par la noche, la ancha noche, la alta noche; que cese ya ese ataque de picos, garras, alas, ojos que implacables reflejan lo más negro de la vida y la muerte, penetrando hasta las lindes del sufrir del hombre. Dormir, dormir, dormir, dormir sin sueños, sin pesadillas, sin pavor, frontera a ese terror en pie de nuestra vida. Acogerme a la almohada, hundir en ella el rostro, y con los párpados cerrados, solo y tendido anticipar la noche grande, la noche última, la noche a la que nunca llegarán las aves que ahora me cercan en su insomne ronda. Venga esa noche a mí, cese el acoso de oscuras inquietudes. Que la vida cese ya. No más sueños. Que la nada —sin pájaros, sin sombra, sin terrores— me acoja blanda. Y cese yo al fin de ser hombre: soledad de soledades.

He observado que el poeta tanático está también adaptado al gozo en la soledad. Nuestra poetisa duranguense ha creado bellísimos cantos a la soledad. Veamos este:

La soledad ha sido mi túnica y el saludo en mi mano. Su tatuaje, en mi piel, muestra dientes de tigre en el crisol de un fuego sin sombra, fuego añoso, de un racimo de lumbres al blanco, que no descansan en el arder. Hay júbilos que piensan que voy luciente de galaxias, o de cocuyos y que en mis brazos nacen ángeles como mariposas que sueñan luceros, pero no. De quemaduras al rojo se trata. En el incendio de mi espíritu, que a la epidermis aflora, consiste. Es mi soledad ardiente como el desierto, como la locura, como el insomnio, como mi ser que se calcina en el círculo del delirante, y se comprende abandonado, por la eternidad de sus muñones, a su polvo de estrellas decapitadas, y aún así, con las cenizas, hace un sol,

una rosa, su castillo de ilusiones perennes.

Lunas dragadoras son mis pupilas rodando por la soledad. Me envuelve el silencio. La nada se ríe de mi espíritu.

Por el tiempo, voy a los colmillos de la absoluta soledad, y nada y nadie, ni yo misma, pueden evitarlo.

La soledad exhibe sus dientes, amenaza con sus cuencas vacías.

¿Por qué, si todo nació conmigo la soledad es lo único que me duele?

Por la libertad lo dejé todo y contraje la dolorosa soledad incolora.

Las hojas caen marchitas en el reino del otoño, así ruedan mis pensamientos bajo el rigor de la soledad.

Mirando a las estrellas en busca de un signo, sé que mi soledad es más grande que maravilloso el universo.

Aquí me tropiezo con el recuerdo del Poeta de la Soledad, Enrique González Martínez:

Mas si ha de ser forzoso que me aparte del mundo y del concierto universal. hazme símbolo eterno, inmutable y profundo de la más alta soledad.

Veamos Dédalo, de Jaime Torres Bodet:

Enterrado vivo en un infinito dédalo de espejos, me oigo, me sigo, me busco en el liso muro del silencio.

Pedro Garfias (1894-1967):

Yo te puedo poblar, soledad mía,

igual que puedo hacer rocas y árboles
de estas oscuras gentes que me cercan.
¿Cómo, si no, llevar sobre los hombros
la ausencia? El ágil viento me conoce
y ayuda en mi trabajo: cada día
cuelgo del monte nuestro cielo limpio,
planto en el lago nuestra rubia era
y el ancho río de corriente pródiga
vacío lentamente...

Allí donde los pinos y los álamos,
donde la encina sólida y el roble
el claro olivo de verdor de plata,
y sobre el culto césped
el triunfo de la espiga.

El sol muy en lo alto, fatigando
el aire con sus alas,
en el cenit su vuelo detenido.

Cómo su gracia y limpidez los ojos
me abrasan con su luz... No lo soñara
la torpe mano que me arrebatará
mi blanca Andalucía.

Porfirio Barba-Jacob (1883-1942):

La Dama de cabellos encendidos
transmutó para mí todas las cosas,
y amé la soledad, los prohibidos
huertos y las hazañas vergonzosas.
¡Qué grato el beso
de un labio en llamas!
¡Qué intenso el fruto
de las tinieblas!

Oía un trino y su espiral me abría
caminos de ilusión al claro monte,
al claro cielo absorto en la extensión...
Mas al tornar del viaje vagaroso
por la escala de lumbre de una estrella,
me hundía nuevamente en el moroso
deleite en soledad: ¡Solo con Ella!

Antonio Machado:

Pasan las horas de hastío
por la estancia familiar,
el amplio cuarto sombrío
donde yo empecé a soñar.
Del reloj arrinconado,
que en la penumbra clarea,
el tic tac acompasado
odiosamente golpea.
Dice la monotonía
del agua clara al caer:
un día es como otro día:
hoy es lo mismo que ayer.
Cae la tarde. El viento agita
el parque mustio y dorado...
¡Qué largamente ha llorado
toda la fronda marchita!

Vicente Gaos:

Hay un reguero dulce y encendido
de sol sobre los álamos dorados.
Y, a lo lejos, los montes ya nevados
encalman el paisaje atardecido.
Si ahora tuviera el corazón dormido,
los ríos de la sangre no encrespados,
y ojos para mirar enamorados
los chopos donde aún tiembla el sol huido...
Si ahora como esa luna ser pudiera
que boga virginal, tan lentamente,
tan alma pura en el azul... Si fuera
un álamo, una luna, un dios lucente...
Mas solo soy un hombre en la ladera,
un hombre solo, apasionadamente.

Fray Luis de León nos regala con una sublimación
de la soledad en *Vida retirada*:

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!
...

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Recordemos aquel cantar de Sieg:

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.

Todos aquellos que se interesen por estos estudios psicoanalíticos, se preguntarán por qué no he enfocado este análisis mediante la comprobación de las huellas de agua y sed que se encuentran en todo poeta y escritor. ¿Es que Olga Arias es una excepción de todos los demás adaptados a la idea de morir de hambre o de sed? Veamos cómo subsana nuestra musa su trauma infantil:

Como el río al mar
me he entregado a ti
y la fuente de mi vida
se alegra fluyendo.

Su recuerdo regresivo de hambre y sed lo vislumbra en un segundo extático:

Días y días,
como millares de moscas hambrientas
y nada de miel
en mi seco camino.

Su deseo de devorar el pezón se convierte en el temor de ser devorada, con la consiguiente adaptación incons-

ciente al deseo de ser devorada. Veamos su intuición:

Un círculo de buitres

corona el pasado

que yo no miro.

Mis pupilas abren estrellas

en el espejo de los ojos,

que amándome,

me embellecen.

Veamos ahora, su deseo inconsciente de ser devorada en soledad:

Por el tiempo, voy

a los colmillos de la absoluta soledad,

y **nada y nadie**,

ni yo misma,

pueden evitarlo.

Observemos también la relación del deseo de morir devorada con el deseo de ser muerta por el pezón maligno, que ha sido el tema seleccionado para desarrollar este psicoanálisis:

El pico del buitre vanamente me busca,

porque estoy habitando mis sueños.

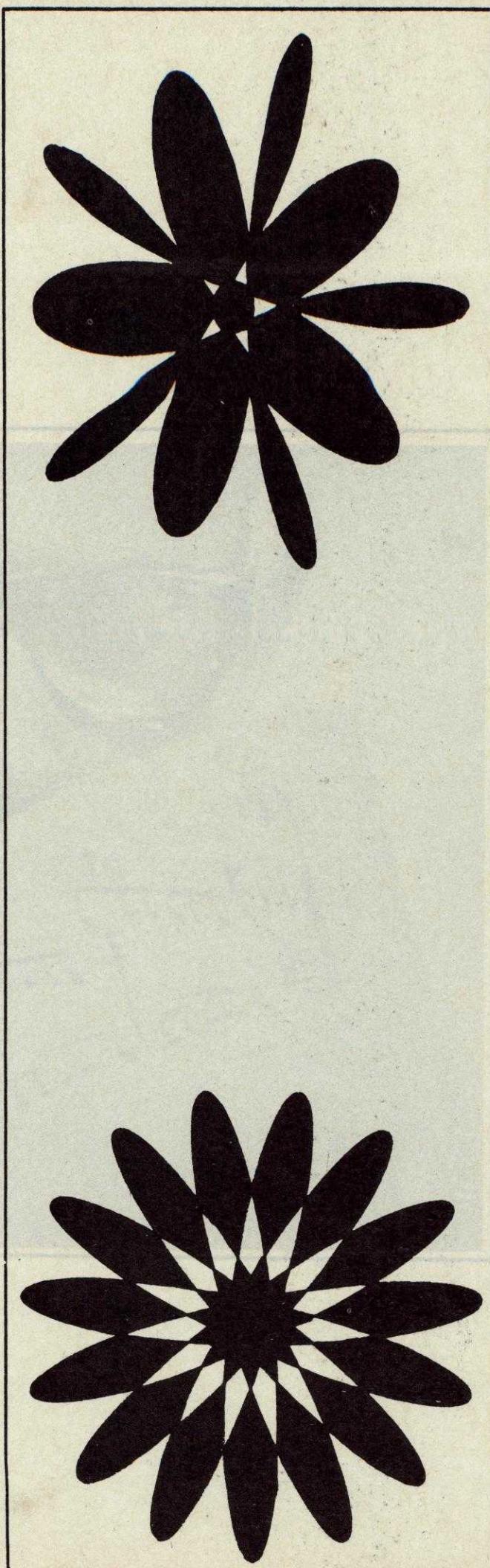
Por mera curiosidad, desearía saber qué otra ciencia puede explicar los simbolismos poéticos. ¿Acaso lo intentarían los psiquiatras farmacólogos, o bien los filósofos existencialistas, o tal vez los demagogos o sofistas profesionales?

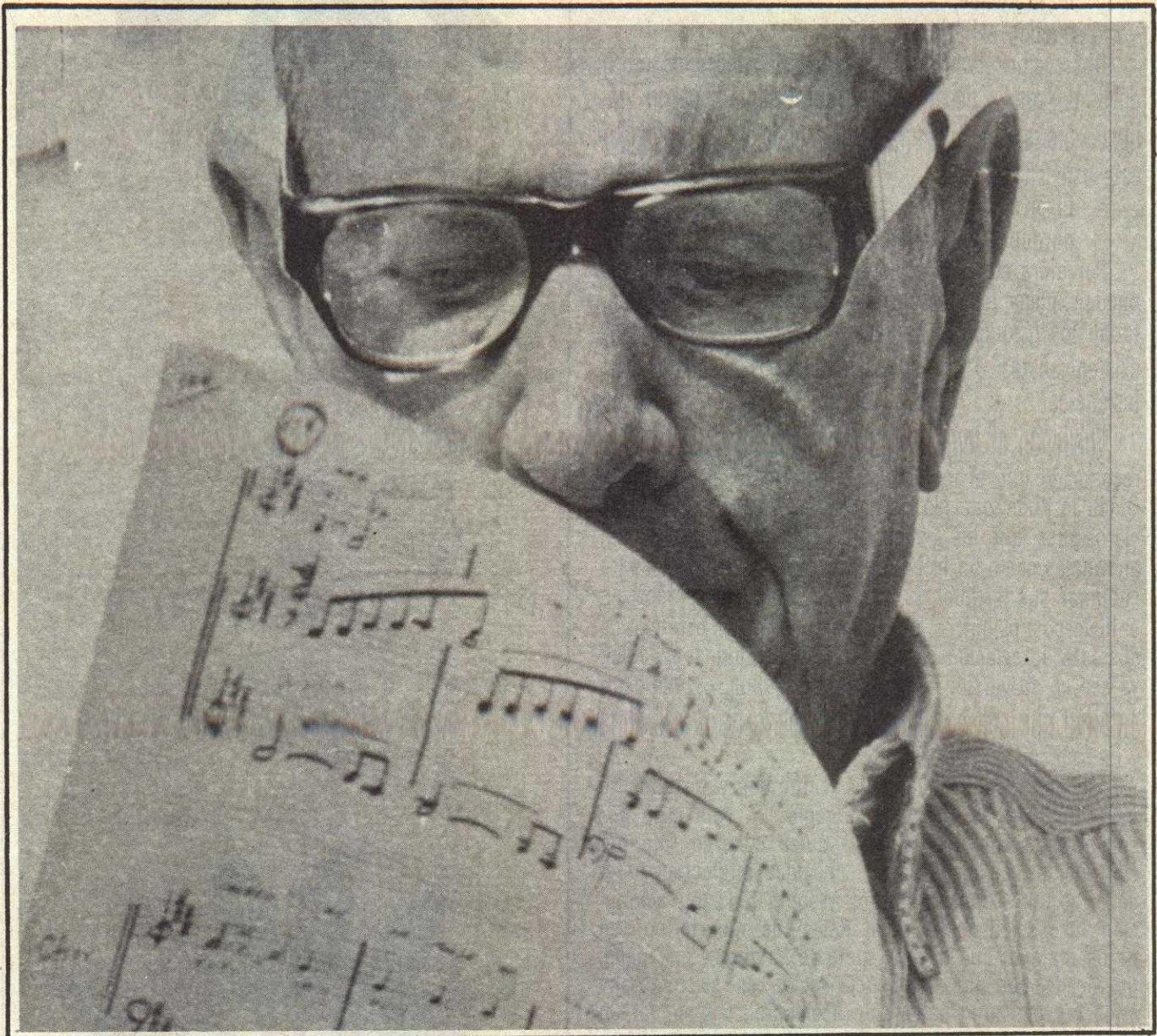
Volviendo al tema de mi exordio, está generalmente reconocido que el individuo extraordinario es neurótico. Quien lo dude, que lea las biografías de los genios. Está claro, pues, que los genios son personas anormales, tan anormales como un trébol de cuatro hojas; pero que para sublimar sus terribles y complejos traumas, se fabrican anticuerpos psíquicos que poseen un valor estético de absoluta apreciación sentimental. El ser humano genial, ya sea en su versión femenina o masculina, es una ostra enferma que con su dolor crea la perla de la sabiduría y de la inspiración estética.

Muchos factores biológicos, culturales y fortuitos se necesitan para la forja de un genio. En este caso nos encontramos con una mujer, a quien conozco sólo por sus poemas, en la que a su capacidad intelectual heredada, se une exquisita cultura, y sobre todo una adaptación inconsciente infantil al deseo de muerte por un pezón maligno que devora, mata de hambre y envenena, provocado por una deficiencia láctea en su temprana infancia, que pudo haber sido accidental, o bien por un eslabón más de una cadena de antiquísima genealogía, que quizá tuvo sus comienzos durante el secular período de la Reconquista.

Sin lugar a dudas, creo que Olga Arias es la poetisa más intuitiva que ha dado el país después de Juana de Asbaje.

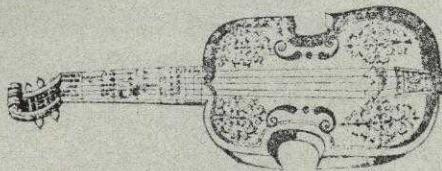
¡Duranguenses que vivís enclaustrados en las abruptas entrañas de la Sierra Madre, vuestra comunidad ha engendrado a una mujer tan grandiosa como el Cerro del Conquistador Vázquez del Mercado, y cuyos poderosos imanes habrán de atraer la atención de todos aquellos que se sustentan con los alimentos espirituales del genio lírico!





La muerte de Pablo Casals

Joaquim Montezuma de Carvalho



Primero cayó Pablo Picasso. Luego, Pablo Neruda. El 22 de octubre de 1973, en San Juan de Puerto Rico, cayó uno más de los portentosos troncos de esa floresta hispánica y universal de Pablos. Murió Pablo Casals. La pintura, la poesía y la música a través de tres artistas, tres hombres, tres Pablos que, quizá sin saberlo, en los arcanos misteriosos del alma humana expresaron lo mismo en lenguajes diferentes. Por lo menos, expresaron a todo el mundo el valor de ser Pablos, Pablos a la andaluza o a la catalana, o Pablos a la chilena, tres maneras de ser españoles. Durante este siglo, inundaron los continentes con su presencia mítica. La vista, los ojos y los oídos estuvieron bombardeados constantemente por la obra impetuosa de estos Pablos, ahora dormidos para siempre. Lo más extraño y paradójico es que por toda España y la América Latina, se exclama: ¡Cuidado, Pablo!, para advertir a alguien de un peligro o para que sea prudente. ¡Cuidado, Pablo! ¡Con cautela, Pablo! ¡Y sabemos que estos tres audaces Pablos fueron tres artistas revolucionarios, tres almas sin prudencia, tres arrojados aventureros del espíritu!

Casals vivió 96 años de actividad ininterrumpida. En ese afán de trabajar y en su amor por la naturaleza, Casals y Picasso fueron dos hermanos gemelos, además de que fue Barcelona la cuna común de sus carreras precoz. Despreciaban al tipo de artista satisfecho y ocioso. Detestaban vivir en las grandes ciudades, ensuciadas por muchas contaminaciones, y preferían el aire sano de las montañas, la vida casi completamente al aire libre, como faunos por los bosques. En un siglo que lo espera todo de arriba (del dogma, del partido, etc.), fueron individualistas. En un siglo de claudicaciones y rendiciones, Picasso y Casals cumplieron con su difícil palabra y no atravesaron la frontera de los Pirineos. En ellos seguía palpitando la España del 31 al 36, y no querían otra. Y sólo volverían a España si ésta volviera a la imagen pretérita de 1931 a 1936.

Un hombre que vivió 96 años tiene mucho qué contar. Un hombre que es Pablo Casals se convirtió en un mito para sí mismo. Basta recordar que en 1900, Casals era ya un artista perfecto (a los veinte años, más exactamente, lo invitaron a que diera un concierto de violoncello en la Casa Blanca, a petición de Teodoro Roosevelt). Era la época de las monarquías y el tiempo suave de la "belle époque". Las furias se desataron después.

Así, a nuestros pobres ojos contemporáneos, parece casi mentira, casi una fantasía de la imaginación, el saber que ese artista prodigioso gozó de la admiración y la intimidad (él, que fue siempre "republicano") de figuras coronadas tales como la Reina María Cristina, Alfonso XIII (ya de niño), los reyes Don Carlos y Doña Amelia de Portugal, la reina Victoria, acompañada del futuro Jorge V, Isabel II de España, etc. Vivió el primor de esas admiraciones y el esplendor de esos salones. Por encima de Pablo Casals no había nadie que fuera más príncipe. Era el rey, fue siempre el rey de los violoncellistas de este siglo (la portuguesa Guilhermina Suggia, que fue su esposa durante algunos años, Francis Tovey, Julius Rontgen, Messchaert, Dietrich Fischer-Diskau, Otto Schullof, Thibaud, Cortot, etc.). No lo desplazaron del regio imperio y llevó esa corona hasta los 96 años de edad. La piel se le arrugaba; pero los dedos seguían siendo pájaros leves y ágiles, sobre las cuerdas y el arco del violoncello!

Sí, tiene que causarnos espanto que este hombre que acaba de regresar a la tierra, sencillo y bueno como fue en vida, haya gozado de la amistad y el trato personal con —y aquí comienza la sorprendente lista— Ravel, Paderewski, Camille Saint-Saens, Paul Dukas, Albéniz, Zuloaga, Henry Bergson, Granados, Richard Strauss, Grieg, Rimski-Korsakov y el Dr. Albert Schweitzer (una pasión común por Bach), Gertrude Stein, etc. El siglo, lo mejor de sus décadas y sus naciones, pasó ante Pablo Casals. No era un hombre. Era un mito.

La figura de Pablo Casals me era muy querida. Sentía en él ese nivel de cualidades que son el fundamento ético de toda actividad espiritual. En su natural modestia radical, en su carencia absoluta de presunción y en su encantadora naturalidad y espontaneidad —dones que le hicieron decir a un Yehudi Menuhin que era: "un ser cuya sencillez, grandeza e integridad, nos restituye la fe en la naturaleza humana"—, siempre encontré un símil de mi padre. No sólo el valor personal, el arte, el pensamiento, la cultura. Precisamente la existencia, en ambos, de ese fundamento ético. Por eso, ni en Portugal, ni en España, ni en Francia, se extrañó nadie de que se reunieran Joaquim de Carvalho y Pablo Casals en la veneranda Universidad de Montpellier, para recibir en la misma ocasión el doctorado honoris causa. La Francia de la postguerra, la Francia de 1947, los juntaba en esa Universidad, una de las más antiguas de Europa, para exaltar

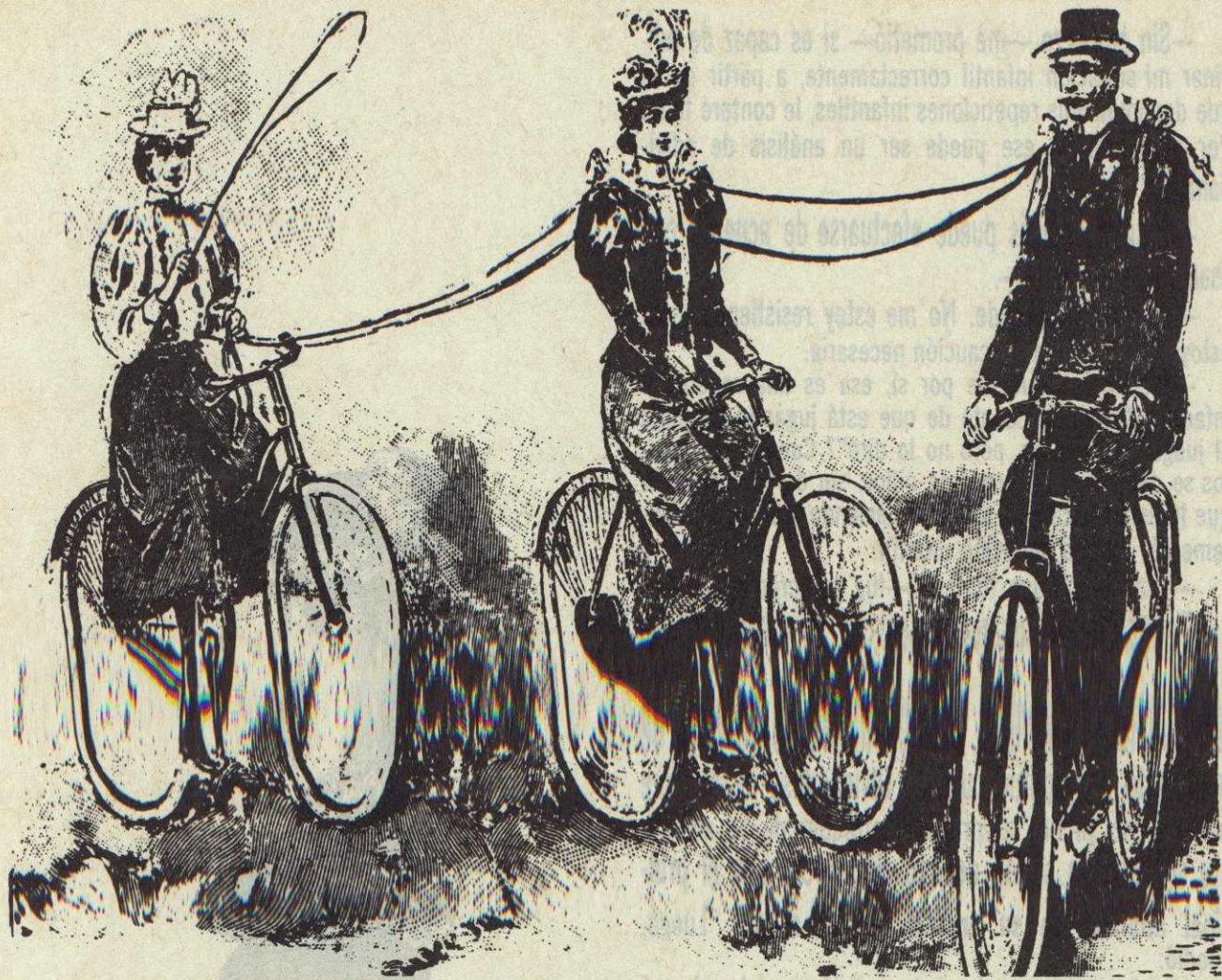




a dos ibéricos con el mismo perfil, gente sencilla, guiada por el espíritu y totalmente desprovista de presunción. Días después de esa consagración, Joaquim de Carvalho pasó por Prades, villa francesa junto a la frontera con los Pirineos, donde vivía Pablo Casals respirando casi el aire de la cercana España. Casals tocó a Bach para Joaquim de Carvalho y habló de su secreto vital, de la razón de su laboriosa longevidad: "Incluso antes de lavarme la cara, por las mañanas, me dirijo al violoncello y, luego, camino, camino por estos alrededores verdes y montañosos, respirando el aroma de los pinos y los ríos. Para mí, caro Joaquim de Carvalho, lo más importante reside en estar constantemente ocupado y en procurar tener la conciencia tranquila. Sólo sufro por no tener tiempo para realizar todos mis proyectos. Sólo sé liberarme de una tarea, después de consagrarme única y exclusivamente a ella, durante días, semanas o meses seguidos. Sólo sé trabajar con el fervor musical que vibra en mi interior y, día y noche, no lo exago. ¿Entusiasmos? Los mismos que sentía de joven, cuando, a los once años de edad, daba conciertos en el pobre Café La Pajarera, de Barcelona... Tengo algo de su admirado Espinosa. No creo que sea necesario practicar una religión determinada para experimentar un sentimiento de humildad y de veneración ante la belleza, ante la prodigiosa belleza que nos ofrece la vida cada día. ¿Melancolías? La única melancolía que padezco es la de no vivir en el lugar sagrado, en la tierra de mi madre, San Juan de Puerto Rico. No voy a morir en Prades. Quiero el sol tropical de las Antillas, el mar dilatado de San Juan, las arenas del Caribe, todo lo que fue alimento de mi querida madre, el ser al que más idolatré. Voy notando los inviernos aquí, cada vez más fríos. Tengo que dejar Europa. Tendré que instalarme en la isla de Puerto Rico. Claro, sentiré nostalgia por esta tierra de Prades y su gente. Hay también algunos pastores y campesinos que dejarán de tener mi conversación."

Joaquim de Carvalho y Pablo Casals se dieron un abrazo para la eternidad. Joaquim de Carvalho, después de Montpellier y Prades, regresó a Portugal. Casals vivió varios años más en las alturas de Prades. Y cumplió su palabra: dejó a Francia para siempre y se fue a vivir a San Juan de Puerto Rico. Se casaría con la portorriqueña Marta Montañez, pianista, que tiene actualmente 37 años de edad. Las malas lenguas afirmaron que fue un matrimonio libidinoso. Otros decían que no pasaba de ser un casamiento platónico entre artistas, divididos por la colossal barrera de 60 años. Vi las fotografías de Marta Montañez y de la madre de Pablo Casals. Y me hice mi propio juicio. Nunca vi dos fisonomías tan parecidas. Marta reproducía en el espejo las facciones de la madre de Casals. Estoy seguro de que fue ese misterio la razón de esa insólita unión. Felices. Viviendo ante el mar azul. Daban paseos junto a las olas. Los pasos de Pablo y Marta permanecían en la arena. El mar llegaba y suavizaba esas huellas. Se ha apagado una vida ejemplar y un artista genial. También siento amargura por este poder que tiene el agua.





Un caso clínico

Edmundo Bergler

Una mujer de treinta y cinco años de edad, divorciada, se presentó a recibir tratamiento, en Viena, antes de la guerra, quejándose de una depresión nerviosa. Durante dos años había estado teniendo relaciones sexuales con un hombre casado, de cuarenta y ocho años de edad, superior a ella tanto en posición social como financiera. La ambición de la mujer era el matrimonio. La esposa del hombre en cuestión era una esquizofrénica, rica, que se había pasado la mayor parte de su vida de casada en una institución psiquiátrica. Abandonaba la institución cada dos o tres años bajo la custodia de su esposo o de sus padres; pero los delirios repetidos y las alucinaciones la hacían volver al cabo de poco tiempo. Puesto que las leyes austriacas permitían el divorcio legal (aunque no el religioso) de un cónyuge psicótico sin esperanzas de curación, el hombre hubiera podido cumplir su promesa de divorcio para contraer matrimonio con su amante (mi paciente); al fallar en esto, la mujer, decepcionada, le hizo varias escenas y, en una ocasión, incluso llegó a golpearlo en público. Después de una de esas escenas, la mujer accedió a una de las proposiciones desesperadas del hombre, para someterse a un análisis.

No era de ninguna manera una paciente sincera ni comunicativa, externamente. A pesar de eso, a comienzos del análisis se hicieron evidentes su completa frigidez, su falta de interés por los hombres y el hecho de que en su vida debió tener ciertos intereses y experiencias de carácter homosexual. Gradualmente fue haciendo más comunicativa y admitió varias cosas reveladoras. Le pregunté:

—¿Qué espera obtener del análisis, si se limita a acudir a las citas y no me dice nada sobre usted misma?

Me respondió:

—Esperaba que pudiera ayudarme y persuadir a mi amante para que cumpliera su promesa y se casara conmigo.

—Pero, ¿por qué quiere casarse con él? No parece interesarse usted en absoluto por los hombres.

—Me resulta atractivo. Es muy conocido, rico, se mueve en los mejores círculos...

—En resumen, no está enamorada de él, sino de su posición social. ¿Por qué es tan importante para usted la posición social? ¿Tenía deseos su madre de ascender en la escala social?

—No quiero hablar de mi infancia. Simplemente, acepte mi palabra de que todo estaba muy bien.

—Aunque acepte su palabra y todo estuviera muy bien, podemos llegar a obtener más indicios mediante la descripción de su infancia, que si la pasamos por alto. ¿Tuvo hermanos y hermanas? ¿Cómo eran sus padres?

—No quiero hablar de eso! —gritó, derramando lágrimas—. ¿Por qué no me cree? Si no me tiene confianza... ¡no podemos seguir adelante!

Esa era una inversión de la fórmula analítica:

—Sin un mínimo de confianza en el analista, el análisis es imposible.

Llegamos a un acuerdo para analizar sus relaciones con su amante antes de volver a la disputada cuestión de su infancia y las razones que tenía para ocultar sus antecedentes.

—Sin embargo —me prometió— si es capaz de adivinar mi situación infantil correctamente, a partir de lo que denomina mis repeticiones infantiles, le contaré todo. Por el momento, ese puede ser un análisis de adivinanzas.

—Ningún análisis puede efectuarse de acuerdo con esas bases —objeté—.

—No me comprende. No me estoy resistiendo: sólo estoy tomando una precaución necesaria.

—Me parece que, de por sí, esa es una repetición infantil. ¡No se da cuenta de que está jugando conmigo el juego de "sé algo, pero no lo diré"? Cuando los adultos se dedican a un juego de niños, sin darse cuenta de que lo están haciendo, se están haciendo eco, inconscientemente, de una situación infantil.

—Eso parece una tontería —fue su veredicto—.

El análisis de sus relaciones con su amante ocupó las semanas siguientes. Casi de inmediato se puso de manifiesto una actitud curiosa. Olvidándose de que me había dicho ya que el principal atractivo de su amante era su posición social, declaró en secreto que el principal atractivo de su amante era su esposa. Luego, añadió:

—Incluso aunque mi propia posición social mejorará si me caso con él, el otro "bien" —su esposa—, quedará eliminado. Esa idea no me agrada mucho.

El relato de su asociación con el hombre, cuando se decidió finalmente a hacerlo, contribuyó mucho a aclarar aquella extraña declaración.

—Pensé que era una buena idea, cuando hacía ya varios meses que nos conocíamos, que me presentara

con su esposa. A veces me decía que sí, otras que la
semana siguiente; pero el caso es que eso no ocurrió nunca. Luego, comencé a insistir tenazmente, y él rehusó. Dijo que eso significaría una pelea con su esposa, aunque me presentara como la viuda de un antiguo amigo. Entonces, decidí ganarle la partida. Una tarde, cuando supe que estaba en sus negocios, fui a su casa y vi a su mujer. Le dije —puesto que conocía todo sobre sus alucinaciones— que era un ángel enviado por Dios para hablar con ella de sus conflictos matrimoniales.

Con esa excusa fantástica, pero intuitivamente bien escogida, se ganó la confianza de la mujer psicótica y se convirtieron en buenas amigas. Un día, mi paciente le sugirió que los tres vivieran juntos. Lleno de rabia, pero impotente para hacer otra cosa, el débil marido aceptó la fantástica proposición. Durante tres meses, tuvieron un ménage a trois (matrimonio de tres); según mi paciente, "la vida sexual mejoró mucho".

—¿La vida sexual de quién? —le pregunté—.

Su respuesta fue gráfica, aunque no contestó específicamente a mi pregunta. El marido era impotente con su esposa; pero no con ella. La secuencia típica de los sucesos era que mi paciente estimulaba sexualmente al marido en su habitación y, luego, se lo enviaba a su esposa para el coito. Ese extraño procedimiento lo curó de sus dificultades de impotencia; pero sólo temporalmente. Muy pronto, la mujer psicótica comenzó a sospechar de su ángel, a la que veía ya como a una diablesa.

